

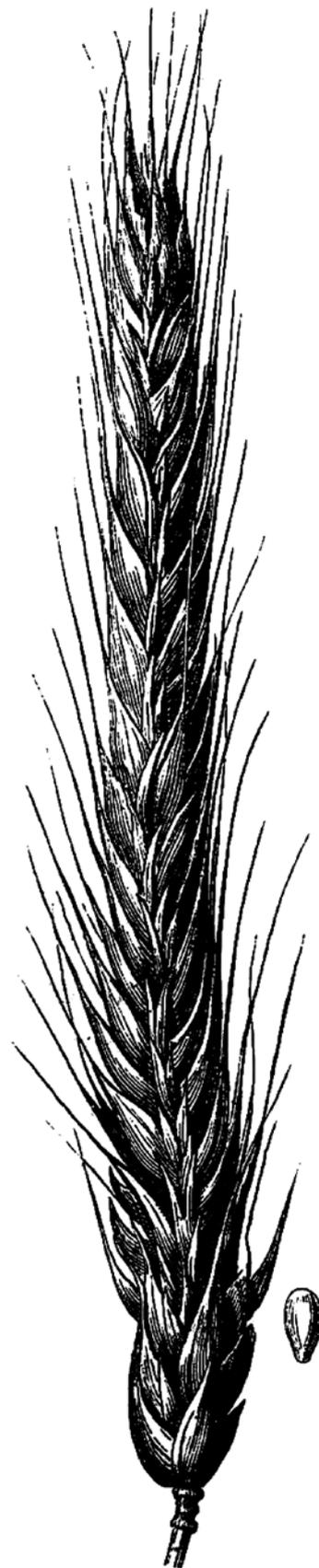
Cuentos sobre la mesa

Una antología
distinta a todas

Claudia Hernández de Valle-Arizpe

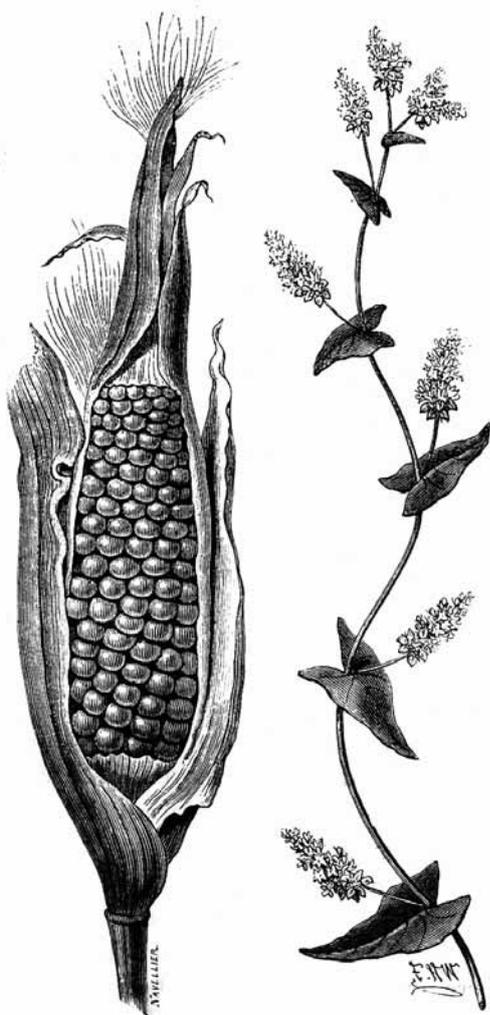
COMENCÉ A LEER *Cuentos sobre la mesa* y di por sentado que iba a encontrar diversidad de temas y enfoques sobre el asunto de la comida. A medida que avancé crecieron mis expectativas y regresé a leer unas líneas que, a manera de advertencia, Sara Poot Herrera escribió en el texto introductorio al volumen: “los personajes de estos *Cuentos sobre la mesa* comen, no comen y a veces se comen a sí mismos o se comen entre ellos”. Confieso que las había leído la primera vez como metáfora, pero después de leer “La carne”, un cuento que el cubano Virgilio Piñera publicó por primera vez en 1944, entendí que la compilación de Sara Poot iba a ser todo menos predecible, y que me iba a enfrentar con historias de muy difícil digestión que, tal vez, hasta el hambre o el sueño me quitarían.

¿En dónde aparece la comida? Siempre he pensado que es un tema esencial al hombre y que, por serlo, es más atinado preguntarse: ¿en dónde, en qué ámbitos de la literatura y del arte no aparece la comida? Es especialmente frecuente su presencia en las artes plásticas, en el cine y en la literatura. Hay poemas de todos los tiempos y en todas las lenguas en los que aparecen alimentos, platillos, bebidas. Me vienen a la mente, enseguida, la “dulce charla de sobremesa” con las fresas de Gutiérrez Nájera, la cebolla de Neruda o las naranjas de García Lorca. En cuanto a la novela, me atrevo a decir que no hay novela sin comida. Tarde o temprano habrá un momento



de mesa, un paseo o un viaje que la incluya, una cocina, una evocación de ésta: de sus sabores y olores. Con el cuento no sucede lo mismo. Dada la condensación que exige, la extensión que impone y la tensión que genera, en muchos de éstos, la comida brilla por su ausencia porque, lógicamente, no todo cabe.

Ilustraciones de la obra *Les merveilles de l'industrie* de Louis Figuiet, 1873



Imagino, entonces, a Sara Poot buscar, rastrear con lupa en revistas, libros, y aun en la red, a cuentistas de su interés para ver si hay algo más que la mención de un café o un pan en sus textos. La imagino también haciendo un esfuerzo por recordar, y feliz, después, al exclamar: sí, claro, hay un cuento de Arreola sobre los dulces de su infancia, hasta encontrarlo. Detectivesca es, sin duda, la labor de quienes, apasionados por el tema de la comida, nos ponemos a buscarla en su incuestionable importancia vital, social, cultural y política en las páginas de los libros. Pues bien, aunque Sara confiesa que tuvo que dar por concluida la selección de textos para su antología casi a pesar de ella porque, divertida, le seguían saliendo cuentos *ad hoc* hasta en la sopa, destaco aquí su amplio criterio para obtener un libro extraordinario, producto de atentas lecturas y conocimientos.

Varios son los puntos a destacar del libro. Primero, el que sea un volumen latinoamericano, con cuentos de Chile, Argentina, México, Puerto Rico, Cuba, Venezuela y Nicaragua. Al no ser hispanoamericano o universal y ceñirse al ámbito del continente latinoamericano, el registro de las variantes del español lo hace particularmente rico y "sabroso". Degustar el habla caribeña de Puerto Rico poniendo a hablar al arroz y a las habichuelas en platos y calderos mueve a picardía y antojo. Pasar luego al vino, a la tira de asado con papas y ensalada con el *mirá* argentino y seguir con la retahíla sonora y gustosa de un sinfín de tamales mexicanos que se come el general Francisco Villa, mueve al lector, necesariamente, a pensar en las distintas formas de nombrar bebidas y alimentos y a estar atento a las abundantes coincidencias que hay entre nuestros países.

Otro aspecto es el de la inclusión de cuentos relacionados con la carne. La antropofagia está pre-

sente en, por lo menos, cinco de éstos. Todos terribles —fantásticos en el mejor de los casos—, más sutiles o más provocadores y hasta crueles, los cuentos descarnados sobre la carne humana parecen estar allí para inducirnos al vegetarianismo. ¿Se imaginan a un tipo que roba a un bebé en un parque para luego meterlo al horno bien aderezado? Pues sí, el lector de *Cuentos sobre la mesa* debe estar dispuesto a enfrentarse a la belleza y al horror, a los ambientes festivos y a los más agrios y deprimentes. Pasará, créanme, de la exaltación al asco, del antojo a la resignación, de la compasión a la furia.

Otro tema que aparece con fuerza es el del hambre: en este libro hay personajes que pasan hambre en serio; que sueñan con un plato de comida o con un vaso de leche; historias que nos conmueven hasta lo más hondo, y nos recuerdan que vivimos en sociedades dominadas por la injusticia y la explotación.

Abarcador de una centuria, desde el cuento de Alfonso Reyes, de 1912, hasta el de Hernán Lara Zavala publicado en 2010, *Cuentos sobre la mesa* es un regalo para cualquier lector curioso. Iniciada su lectura es difícil dejarlo. ¿Qué dirá Elena Poniatowska sobre las alcachofas? ¿De qué clase de invitación nos habla Jorge Asís? ¿Será real la mosca en el plato de Juan Antonio Ramos?, cabe preguntarse, inquieto.

Banquetes de amor y de muerte, cenas tristes o catárticas, comidas solitarias en un café, hábitos que no logran desecharse o que se cultivan con gracia, descubrimientos gastronómicos que cambian de golpe a un personaje, desfilan ante nosotros bajo la conciencia de que la comida puede ser premio o castigo, pecado y redención, símbolo de estatus, tentación permanente, motivo de angustia o de obsesión, fetichismo, magia, disparador de nuestra generosidad o de nuestra mezquindad.



Cuentos sobre la mesa

Sara Poot Herrera (ed.)

México, UNAM/UC Mexicanista/Dirección de Cultura del Ayuntamiento de Mérida/Oro de las Noches Ediciones 2010, 450 pp.

¿Qué criterio aplicó Sara Poot Herrera para seleccionar los cincuenta cuentos que conforman este volumen? Un criterio amplio, decía yo más arriba, como amplio, casi inagotable, es el tema de la comida. En lo literario, su ojo crítico le hizo escoger cuentos muy buenos, de inobjetable calidad. Algunos —cuestión de gustos— serán nuestros favoritos y los recordaremos por mucho tiempo. Quizá volvamos a ellos algún día, y busquemos aquella imagen deslumbrante de una canasta con frutas, el cuerpo de una mujer sumida en el placer erótico hasta ser toda ella líquida y comestible, o la escena del abandono y la devastación de un lugar donde el más excelso banquete nunca tuvo comensales. ▀